

JAVIER FERNÁNDEZ APARICIO

letras culpables

Relatos sobre libros
antes y durante
el III Reich



Javier Fernández Aparicio

Letras culpables

Relatos sobre libros antes
y
durante el III Reich



erasesunavez.org



erasureunavez.org

Primera edición, abril 2018

© Javier Fernández Aparicio, 2018

Editores: Carmelo Segura y M.^a Eugenia Glez. Cintas

© Entrelíneas Editores

C/ Lima, 42 (Posterior)

28945 Fuenlabrada (Madrid)

Tel. 91 606 27 22 / 91 690 90 28

entrelineas@erasureunavez.org

www.erasureunavez.org

Realización, impresión y distribución: Cénit Hispano

Tel. 91 606 27 22 / 91 690 90 28

Fotografías: Álvaro Martín Mayorga

Diseño de cubierta: Juan José Gonzalez Guerrero

Maquetación: Romina Guzmán Bardales

ISBN: 978-84-948537-1-5

Depósito Legal: M-9322-2018

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web: www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Todos los documentos y materiales gráficos contenidos en este libro han sido aportados por el autor bajo su responsabilidad.



Con la compra de este libro usted colabora con
2 céntimos de € para la plantación de árboles.



Impreso en papel ecológico

Impreso en España / Printed in Spain

1. Reorganizando las bibliotecas

Northeim (Baja Sajonia, 1937)

Hélene Rossich ha sido llamada al Ayuntamiento con urgencia. Es marzo, el señor alcalde y el Consejo del pueblo tienen algo que decirle al respecto de la biblioteca pública, de la que ella es responsable desde hace años, antes incluso de que en 1933 se estableciese el nuevo gobierno del canciller Hitler.

Vive cerca del canal del Ruhme, fuera de la muralla medieval que corona el centro del pueblo. En diez minutos llegará, andando tranquila mientras se deleita mirando el empedrado y las casas de la parte antigua, sus tejados rojos, las callejuelas estrechas, celebrando además que los rayos del sol, aún tibios, parezcan augurar una primavera cálida, después del invierno. Hélene es una mujer joven, todavía no ha cumplido los cuarenta años, de estatura mediana y larga melena rubia, que siempre lleva recogida en una coleta. Le gusta vestir elegante, pero austera, vestidos cómodos sin estridencias ni lujos. No le atraen tampoco las joyas, luce pocas en las escasas celebraciones familiares o actos del pueblo. Toda su familia, ella misma, es de allí, de Northeim, un lugar tranquilo donde la revolución nacionalsocialista se ha impuesto sin mucho ruido, aunque con algunas cosas que a ella no le agradan. Eso lo guarda en su interior. Trabaja en la biblioteca desde hace años como su bibliotecaria principal, no quiere por nada del mundo llamar la atención, hacer algo inconveniente. El sueldo es magro, pero hace unos dos años se lo subieron a

100 *reichsmarks* más. Las bibliotecas debían cuidarse como instituciones educativas de la nueva sociedad. Por supuesto, ello supuso una alegría en casa. Para ella, claro está, también para Nicolas, su marido, que trabaja en uno de los pequeños bancos de la localidad, el de Müller, que ha sido puesto bajo control ario. Tienen un hijo, Alex, muchacho de catorce años que está terminando sus estudios de primaria y ha ingresado en la *Hitlerjugend* local.

Hélene camina despacio, nunca se ha metido en problemas, siempre ha aceptado lo que había. Una biblioteca tampoco plantea demasiados inconvenientes, más la de Northeim que es poco frecuentada. Abre únicamente por las tardes, unas cinco horas. Hay días en que los usuarios que vienen a leer o prestarse libros se pueden contar con los dedos de las dos manos, entonces Hélene se aburre y se dedica a hacer inventario o comprobar la correcta colocación del fondo. Le turba el recuerdo de lo que sucedió durante la campaña para las elecciones de noviembre de 1932, cuando los representantes del partido socialdemócrata y algunos sindicalistas acudieron al Ayuntamiento para protestar. En las mesas de lectura de la biblioteca pública alguien había dejado varios ejemplares del *Völkischer Beobachter*, el periódico oficial de los nazis, notoriamente antisemita y de cierto mal gusto, así pensaba Hélene. Sin embargo meses después estaría en la hemeroteca, sufragado ya por los fondos municipales. También está ahora el *Göttingen-Grubenhagensche Zeitung*, la revista oficiosa del partido nacionalsocialista local. No obstante, en aquel noviembre que parece tan lejano, dejaron el *Völkischer* sobre las mesas algunos alborotadores o propagandistas, sin que Hélene se hubiese dado cuenta hasta que alguien le llamó la atención sobre ello. Desde el Ayuntamiento le pidieron, más bien por obligación, que retirase estas publicaciones que no pertenecían a la biblioteca. Pero ella ya lo había hecho. Fue quizás el único momento de cierta tensión que había vivido allí. Ahora tampoco había representantes de otros partidos políticos ni sindicales, también echaba en falta a ciertos lectores, como

los pocos judíos que siempre hubo en el pueblo o los que eran notorios disidentes del nuevo régimen. Ella estaba ahí para organizar y gestionar la biblioteca, no entraba en cuestiones políticas, se había afiliado al Club de Mujeres Nacionalsocialistas del pueblo, si bien casi nunca iba a sus reuniones con la excusa del trabajo.

La casa del Ayuntamiento se halla casi al final de la Calle Ancha, pasando por la Plaza del Mercado. Un hermoso edificio de dos plantas, austero y clásico, el tejado de tejas rojas con un porticado que sustentan cinco columnas dóricas y da acceso a la puerta de entrada. Hélene entra y sube por la escalera a la segunda planta, donde se encuentra la Sala del Consejo del pueblo. Lo preside el alcalde Herr Ernst Girmann, veterano de la Gran Guerra y miembro del partido de primera hora. Encargado otrora de eliminar a los elementos izquierdistas y ahora de gestionar la vida del pueblo, de acuerdo, en principio, a las instrucciones del *Gau* de Ost-Hannover. Girmann destaca por su amabilidad; con sus educadas palabras, el Consejo siempre se pliega a razones para tomar cualquier determinación. Su voz es templada, suave.

—Bienvenida, Fräulein Hélene. Gracias por acudir al encuentro. Su trabajo es excelente, digno de orgullo para cualquier mujer alemana —dice sonriendo y mirando al resto del consejo, que responde con un murmullo de aprobación—. Se han recibido instrucciones directas de Berlín para nuestra querida biblioteca. Nos anuncian que en unos días vendrá un lote de libros que reemplazará los huecos dejados por los degenerados. Nuestra buena gente podrá leer verdadera literatura alemana.

Así es, recuerda Hélene. Desde mayo de 1933 en las baldas de la biblioteca hay muchos vacíos. Fue a partir del expurgo que se hizo de unos quinientos libros, siguiendo un listado detallado de autores tachados de antialemanes, pacifistas, marxistas o judíos. Los libros no se quemaron, al estilo de lo ocurrido en otros lugares, sino que fueron guardados en cajas en un sótano del Ayuntamiento. Creía que ahí seguían.

En todo el país, por doquier, las asociaciones de estudiantes nazis habían requisado los libros de autores prohibidos: Brecht, Döblin, Zweig, Freud, Heine, Kafka, Kerr, Mann, Gide, London o Dos Passos, por citar algunos de los que Hélene recuerda haber tenido que hacer desaparecer de la biblioteca. Por entonces, Herr Girmann, siempre amable, había supervisado y ayudado a realizar la purga de «la basura indigna y extraña al *Volk*». Fue tan atento, que incluso donó a la biblioteca varios ejemplares de su propia colección, entre los que destacaban unos cuantos volúmenes del *Mein Kampf*. — «Todos nuestros convecinos tienen ahora la oportunidad, no, la obligación de conocer punto por punto lo que dice el Führer»—. Desde entonces habían ocurrido algunas cosas que a Hélene le llamaron la atención. Disminuyeron los lectores que acudían a la biblioteca, lo cual achacaba a que apenas había ya novelas o narraciones en el fondo. Los obreros que trabajan en las refinerías de azúcar, aserraderos o fábricas de Northeim tampoco la habían frecuentado mucho, casi siempre iban a la biblioteca propia del sindicato, pero el cierre de ésta no supuso que aumentasen las visitas a la pública. Por último, también se había restringido el acceso a la biblioteca de la iglesia cercana, aunque la mayoría de su pequeño fondo, de forma lógica, tuviera carácter religioso. Aun así, para entrar ahora a la biblioteca de la iglesia se necesitaba un permiso especial del Consejo, después de presentar una justificación. Se prohibió que tuviera acceso público. La biblioteca escolar también fue revisada a fondo, pero no se cerró. En cualquier caso, las nuevas autoridades siempre tuvieron interés por la biblioteca de Hélene, por controlar qué vecino tenía ficha de lector y qué leía.

Como el Ayuntamiento, el edificio de la biblioteca se levantaba en la Calle Ancha. Era una casa baja, también de tejas rojas, de una sola planta, pequeña pero suficiente para albergar unos dos mil libros. Poseía una sala de lectura con un gran fichero de madera de roble con las fichas catalográficas, un despacho donde se realizaba el trabajo técnico y donde se situaba el fichero, más pequeño, con los datos de los lectores.

En la sala de lectura también se encontraban las estanterías con los libros y cuatro mesas alargadas, donde los lectores se sentaban y se disponían los periódicos del día más importantes, incluyendo los tres locales y ahora los nacionalsocialistas. Mucha gente pasaba por delante de sus puertas, pero pocos se animaban a entrar. Hélene sospechaba que estarían hastiados de la misma literatura de siempre, historias germánicas, militaristas, que ya conocían de memoria.

En abril de 1934, junto a los maestros de Northeim, viajó a Hannover para asistir a unas conferencias, costeadas por el *Gau* con fondos públicos e impartidas por personal llegado de Berlín. El motivo de las mismas era esbozar las líneas conductoras que en adelante debían tener todas las instituciones docentes del Reich. La biblioteca, como institución pública, sería considerada a todos los efectos como un establecimiento educativo, de renovación del pensamiento alemán en torno a sus raíces, las nuevas teorías raciales e históricas, la exaltación de la voluntad del caudillo germánico como ejemplo para las siguientes generaciones. En definitiva, se pasaba de una biblioteca con un marcado carácter de ocio «estéril y degenerado», como dijo algún conferenciante, a otra con un espíritu político militante del *Volk*.

Todos los libros que tuviesen cabida en los fondos debían girar en torno a ello, con terminología militar, propia del nuevo y joven soldado que se debería cultivar. Fuera cuentos y novelas de ficción, exaltación de la debilidad y la contemplación. Hélene quedó horrorizada desde el primer momento, pero sin expresarlo a nadie. Suponía el borrar cientos de años de hermosas historias, reflexiones, cultura – vocablo propiamente alemán– y literatura como arte. De vuelta a Northeim, en conversación con su marido decidió que se adaptaría a los nuevos tiempos, como aquél estaba haciendo en su trabajo, en el banco del expropiado Müller. Había que vivir lo mejor posible aquellos años, con sus injusticias y absurdos, y también había que pasar todo lo desapercibidos que se pudiera. Invisibilidad.

Aún después de las conferencias, Hélene recibiría, a través del Ayuntamiento, unos nuevos impresos. Se trataba de formularios estadísticos que debía rellenar cada semana: cuántos visitantes acudían a la biblioteca, qué leían, por qué temas preguntaban, si tenían ficha de lector y sus datos eran correctos. Todo tenía su apartado y casilla. La justificación de la estadística consistía en que los planes del Reich para engrandecer sus bibliotecas debían tener en cuenta hasta el más mínimo detalle. ¿No le habían subido el sueldo de un mes para otro como señal de ello? Quizás la razón más profunda de esta nueva obsesión por las estadísticas habría que buscarla en el control centralizado, absoluto, que la administración quería tener sobre todos los aspectos de la vida cotidiana, incluyendo la biblioteca, su fondo y utilización. Se trataba de control y, en ese caso, también de censura. Por entonces, ya se conocían algunos nombres que estaban revolucionando las bibliotecas públicas alemanas, abriendo muchas en lugares que aún no tenían, sobre todo en las ciudades fronterizas del Reich, organizándolas de forma meticulosa; apoyando la creación de nuevas plazas de bibliotecarios responsables, pagándoles con la dignidad que se merecían; surtiendo con generosidad de nuevos libros y periódicos necesarios; creando bibliotecas móviles para distritos grandes que lo requerían por densidad de población. Eran los arribistas Wilhem Schuster, Heinz Dähnhardt, Wolfgang Herrmann o Walter Hofmann de turno, que escribían breves tratados e instrucciones siempre de acuerdo a la «la voluntad del Führer», al cual le daban exactamente lo mismo las bibliotecas, y eso que había sido usuario de alguna en sus tiempos jóvenes en Viena. Eran asuntos de intelectuales.

Con esta confusión de medidas se evidenciaba la falta de una jerarquía única y reconocible para organizar las bibliotecas. Ahora era el Ministerio de Propaganda quien, a través de la Cámara de Cultura, enviaba pautas o directrices; más tarde era el *Gau* de Hannover, como responsable último de las instituciones locales de su territorio, quien lo hacía; en otras

ocasiones eran de la Asociación de Bibliotecarios, la VDV. Desde ese año de 1937 se recibían más del Ministerio de Educación y Cultura Popular, en constante fricción con el de Propaganda. Lo más útil eran las nuevas tarjetas de lectores, de cartulina blanca con el escudo del Reich, también una serie de modelos de carteles para colocar en la sala de lectura, del tipo «No dañes el libro abriéndolo demasiado fuerte», «No utilices lápices en los libros» o «Devuelve los libros adonde los cogiste». Advertencias que simplificaban y hacían la vida más fácil a Hélene en la biblioteca, los lectores estaban aleccionados. Este intempestivo respeto por el estado del libro, la organización, era parte del nuevo espíritu alemán.

Toda esta campaña en las bibliotecas públicas, con la disparidad de instrucciones, era llamada, en una forma tan eufemística que Hélene evitaba el término, una campaña de coordinación de las distintas administraciones. Tal coordinación iba desde la compra de libros hasta la orden de destrucción de otros, haciendo listas negras con los autores rechazados por el régimen. No paraba de recibir instrucciones y consignas contradictoria unas con otras. La coordinación administrativa también había llevado otras novedades a la biblioteca pública de Northeim. Ahora era el lugar donde se realizaban pequeños actos, por lo general conferencias y charlas, donde alguien venido del *Gau* o Berlín disertaba sobre temas ya de sobra conocidos. Se hacían en la sala de lectura y Hélene observaba que, conociéndolos, la mayoría de vecinos acudían más como prueba de adhesión a las nuevas autoridades que por verdadero interés. No eran pocos los que llegaban tarde con la esperanza de que ya no hubiese sitio y pudiesen ahorrarse el evento. El alcalde Herr Girmann se apostaba muchas veces en la puerta, sonriendo y viendo pasar a los asistentes. Por supuesto, Hélene siempre se sentaba en la primera fila, le correspondía como bibliotecaria principal.

Otras veces, como establecimiento educativo, desde la escuela o alguna asociación juvenil, le pedían un listado de libros disponibles en la biblioteca sobre tal o cual tema.

A Hélene le gustaba buscar libros y mecanografiar estas bibliografías con puntilloso esmero, tras consultar las fichas del catálogo y hojear las estanterías de la sala. Autor, título y signatura. Echaba de menos incluir alguno de los libros que estaban en las cajas del sótano del Ayuntamiento. Se había adecuado al momento. Renovación y destrucción, los años transcurrían. Hélene comprobó que todavía no se había desatado lo peor del porvenir. Hasta entonces, esperaba la llegada de los libros que cubriesen los huecos de las estanterías, sin muchas preguntas. Sería laboriosa al registrarlos e incorporarlos al catálogo, para ponerlos a disposición del pueblo.

Algunos años después, el Ejército de Estados Unidos avanza por el territorio, casi en ruinas, del antiguo gran Reich. A su paso, gracias a la División de Servicios Especiales, encuentran cientos de miles de libros desperdigados aquí y allá, prohibidos desde 1933 por las autoridades hitlerianas. Les darán uso, nutriendo los fondos de lectura propios para la tropa. Algunas obras, ejemplares valiosos, se llevarán a Estados Unidos o se repondrán a sus dueños legítimos. En el Ayuntamiento de Northeim, pintoresca ciudad en la Baja Sajonia, con un casco medieval circundado por un muro, encuentran cajas y cajas de estos libros prohibidos. Les llama la atención *Cuentos selectos* de Ernest Hemingway, *El crucero de Snark* de London o *La máquina del tiempo* de H.G. Wells. Están en un magnífico estado, la guerra no se cebó allí y además, antes, una bibliotecaria velaba por que estuviesen siempre en perfecto estado para leer.

ENTRE



@ Álvaro Martín Mayorga

LÍNEAS

Índice

Prólogo de Javier Quevedo Arcos.....	7
Nota del autor	11
1. Incidentes en Odessa.....	13
2. Mala suerte de Karl May.....	23
3. La inmoralidad.....	33
4. Un filósofo oscuro	43
5. Mnemósine, la memoria hecha carne.....	51
6. El Maestro de Alemania	61
7. Los señores judíos pueden irse.....	71
8. Reorganizando las bibliotecas	81
9. El libro que dice lo que queremos	91
10. Los Süß	101



Entrelíneas Editores

Con esta carta de *Abraham Lincoln*, *Entrelíneas Editores* os desea siempre lo mejor, que por supuesto es: ¡salud, suerte y sonrisas! Y que ojalá todo vaya cambiando y regenerándose para que los valores más humanos sean los que imperen.

.....

«Querido Profesor:

Mi hijo tiene que aprender que no todos los hombres son justos ni todos son verdaderos. Pero, por favor, dígame que para cada villano, hay un héroe; y, para cada egoísta, también hay un líder dedicado. Enséñele que para cada enemigo, allí también habrá un amigo. Enséñele que es mejor obtener una moneda ganada con el sudor de su frente que una moneda robada. Enséñele a perder, pero también a disfrutar de la victoria. Háblele de la envidia para que se aleje de ella. Déle a conocer la profunda alegría de la sonrisa silenciosa y a maravillarse con los libros, pero deje que también aprenda con el cielo, las flores en el campo, las montañas y valles. Explíqueme que más vale una derrota honrosa que una victoria vergonzosa. Enséñele a creer en sí mismo, incluso si está solo en este mundo. Enséñele a ser suave con los buenos y duro con los perversos. Enséñele a no entrar nunca en un tren solo porque otros ya entraron. Enséñele a escuchar a todos pero decidir solo. Enséñele a reír cuando esté triste y explíqueme que, a veces, los hombres también lloran. Enséñele a ignorar las multitudes que claman sangre y a luchar solo contra el mundo, si piensa que es justo. Trátelo bien, pero no lo mime, ya que solo con la prueba de fuego se sabe que el acero es real. Incúlquele valor y coraje, pero también paciencia, constancia y sobriedad. Transmítale una fe sublime en el Creador y fe también en sí mismo porque solo entonces podrá tener fe en los hombres. Sé que pido mucho, pero verá lo que puede hacer, querido profesor».

ABRAHAM LINCOLN

.....

Entrelíneas Editores es un espacio de creación donde se da cabida a todos aquellos autores/as que de algún modo intentan renovar la literatura en nuestros país, dándole un soplo de frescura.

..... SI ERES ESCRITOR QUEREMOS CONOCERTE.....



c/Lima, 42 (post.) - 28945 Fuenlabrada (Madrid)
Tel. 91 690 90 28 / Fax: 91 606 27 22
autores@eraseunavez.org / www.eraseunavez.org